

## Las nuevas formas de la racionalización

Por el Dr. F. SERRUYS

(Trad. por Benjamín Jaramillo)

### II

Hé aquí la síntesis de este método: Investigar y prever para una región dada y para cada momento de un porvenir próximo, teniendo en cuenta la capacidad de adquisición de cada categoría de compradores; establecer sobre estas bases un programa de fabricación correspondiente, tan simple, tan estandarizado y tan eficaz como sea posible; ponerlo en obra con la utilización más técnica y remuneradora de los medios de que disponga; analizar si es preciso establecer de nuevo su amortización para un período que depende del ulterior desarrollo de la empresa; armonizar el programa de fabricación inmediata con la previsión metódica de este desarrollo; cuando se haya establecido de esta manera el presupuesto de las salidas, rectificarlo y coordinarlo con el de las entradas, o mejor dicho, con los medios financieros de los cuales puede disponer la empresa en cualquier momento, lo que implica una política de aprovisionamiento adaptada al ritmo previsto de la producción y limitada—en la medida que la seguridad lo exija—a las necesidades inmediatas, al cálculo preciso de los gastos generales de la empresa y del precio teórico de los artículos; una previsión de los gastos de explotación, tales que éstos resulten de la balanza de entradas y salidas con las cuales se puede contar en cualquier momento; un estudio de los métodos para mejorar esta cuenta de gastos de explotación. Así dicho método de control del presupuesto sugiere la reunión de problemas técnicos e industriales, desde la organización de mercados de aprovisionamiento, hasta los métodos de empleo de la mano de obra; desde la regularización de la producción a un ritmo continuo en lo posible, hasta el control de los depósitos, sea del productor o del revendedor; desde el rendimiento de la fabricación, hasta el precio y condiciones de venta. A través de la criba del control de presupuesto, del cual se sirven tanto los banqueros como los industriales, muchos negocios aparecen como poco via-

bles; otros como que no podrían permanecer independientes; otros se contemplan como necesitados de una revisión minuciosa o de heroicas amputaciones; para otros parece que se justificara la inyección de sangre nueva, bajo la forma de inversiones destinadas a proveer nuevos medios de producción o fuentes financieras más seguras. Esto quiere decir que la consecuencia feliz de los desórdenes de la economía de post-guerra es un recurso generalizado y cada día más eficaz; tiene procedimientos de selección y gestión de negocios que han sido puestos en obra para impedir el despilfarro de los capitales, para evitar el trabajo improductivo, para regularizar la producción y hacerla más remuneradora; en una palabra, para unir en un esfuerzo racional las finanzas y la industria. En este estado, deberían unirse las preocupaciones financieras con los problemas técnicos de la industria.

Ahora, después de que la tormenta monetaria ha cesado, se ha concentrado sobre estos problemas centrales, los esfuerzos de racionalización que se traducirán mañana en formas nuevas de actividad individual y de cooperación nacional o internacional.

Porque lo que caracteriza este nuevo período es precisamente que sobrepasa la idea de perfeccionamiento de la empresa, individual para extenderse a una concepción de acción concertada. A la racionalización de la fábrica sucede la de una rama entera de la producción y muy pronto de ramas diversas de esta misma producción; lo que hace pensar que en lo sucesivo los esfuerzos deberán ser asociados.

Uno de los hechos esenciales de la organización económica de post-guerra, ha sido la tendencia cada día más afirmada de agruparse corporativamente las fábricas, reconociendo así la solidaridad de acción de una misma industria.

De 1919 a 1923, en casi todos los países de Europa, se unieron las diversas categorías de productores, en sindicatos profesionales, federaciones de sindicatos, confederación general de la producción, etc. Los pueblos latinos, a los cuales sus hábitos individualistas hacen más rebeldes a las doctrinas comunes y a los trabajos en equipos o conjuntos que los pueblos germanos, han recobrado sin embargo el tiempo perdido. Francia e Italia han establecido organizaciones sindicales completas. La British Federation of Industries procuró orientarse al principio en la misma dirección, pero el particularismo anglo-sajón retardó su marcha.

Es necesario reconocer que esta solidaridad profesional, ha si-

do motivada principalmente por los numerosos problemas que en materia aduanera, fiscal, social, plantea la desmovilización de la economía de la guerra, el retorno de las normas de economía nacional y la reanudación de las relaciones internacionales; fenómenos éstos, que hay que estudiar en conjunto. Indudablemente que la cooperación profesional de post-guerra aparece más bien como un medio de defensa contra los poderes públicos que como un instrumento de trabajo privado y organización. Tiene más bien un carácter defensivo que un aspecto constructivo.

Pero era ya una invitación a los hombres para agruparse y ayudarse mutuamente, aunque fuese por un instinto de salvaguardia en un momento de angustia. Prácticamente se sentían más inclinados a conciliar y combinar sus intereses privados, que a reunirse alrededor de una mesa para discutir en común los problemas de interés general.

La mentalidad había cambiado; las aspiraciones egoístas y algunas veces ofensivas, habían dado lugar a un deseo de seguridad y de garantía concertadas. Uno de los hechos más salientes en Francia y Alemania desde el año de 1923, es el número creciente de negocios emprendidos en común por sociedades antaño rivales, y el intercambio de participaciones destinadas a ligar empresas hasta hacía poco, celosamente independientes, como si se impusiera el cuidado cada día más creciente de multiplicar las columnas de sostén y edificar con materiales de consolidación, el edificio amenazado de hundimiento. Ha nacido de esta suerte una trabazón de intereses y una comunidad de iniciativa que hacen de la vida de la industria en cada país, no como anteriormente, una reunión de esfuerzos aislados, sino una totalización de esfuerzos a menudo convergentes y algunas veces asociados por el capital, la técnica, el programa concertado de la producción o simplemente la adhesión a una política profesional común. Este género de racionalización efectuado por fusiones de sociedades, de comunidades de intereses es demasiado conocido para que haya necesidad de insistir en él, sobre todo en Berlín, ya que gracias a éstas, los conflictos sociales fueron mucho menos agudos después de la guerra, que antes de ella. Tenemos, por ejemplo, el caso de América reconciliada por la racionalización, y en Europa misma, en la angustia económica provocada por las huelgas de millares de obreros, se invitó a las clases antaño hostiles a temperar sus odios, sus animosidades y sus programas adversos. Pero es cierto igualmente que este apaciguamiento ha sido el

resultado de dar al trabajo una carta, cuya elaboración se confió al Gabinete Internacional de Trabajo; y del sentimiento común que, en las angustias compartidas de un período de transición, era preciso evitar los choques de principios y buscar la equidad de los compromisos de hecho.

Por otra parte la evolución de los espíritus no es sino la expresión de las necesidades que se imponen con mayor evidencia.

La organización racional del trabajo no puede ser detenida por el obstáculo del individualismo. Este progreso depende del reconocimiento de los intereses y deberes comunes a una industria, de la conformidad a un plan aceptado de común acuerdo, de la repartición de las especialidades, la fabricación metódica de los artículos que es preciso no malgastar, de la estabilización del equilibrio entre la producción y las necesidades del consumo, y del régimen de los precios de lo que es preciso evitar su desmoralización.

Todas estas precauciones y disciplinas han sido el objeto de alianzas realizadas bajo la forma de conferencias, tratados, etc.

Entre estas alianzas es preciso distinguir las que son solamente de defensa y salvaguardia y las que tienden a instituir una organización común de trabajo.

Las primeras son, sobre todo, alianzas comerciales que conceden a los distintos participantes, distritos de acción donde los otros socios se abstienen de penetrar, que someten la producción a limitaciones establecidas de común acuerdo, que defienden los precios contra los excesos de producción.

Estas alianzas no hacen en general sino reunir y consolidar fuerzas, sin contribuir en ninguna forma a su progreso y a su cooperación.

No sucede lo mismo con la segunda, que son elementos de organización. Cuando el Eisenpakt o Pacto del acero previó un desarrollo progresivo de la producción siderúrgica, repartida entre los diversos países participantes, hizo algo más que preservar a cada uno de la oferta exagerada de los otros, pues ajustó la producción a las necesidades reconocidas y siempre crecientes del consumo, permitió por un año entero la producción de un tonelaje fijo; canalizó dentro de límites estrechos la política de inversiones, a la cual dio esperanzas justificadas de desarrollo y a la vez le prohibió acometer empresas temerarias y excesivas.

Cuando los productores de energía eléctrica se unen para equipar regiones determinadas, ellos hacen algo más que prevenir



una competencia inoportuna. Aseguran una explotación racional de las fuerzas naturales de estas regiones, contribuyen a la organización de un plan de conjunto, y fundan redes e interconexiones en conformidad con este plan. Al hacer esto no sólo ahorran capital mal empleado, actividad mal retribuida, luchas y ruinas que resultan de una superproducción sin demanda, sino que organizan una parte del mapa europeo de las redes de energía, en reserva con varias consideraciones técnicas de las que depende el valor del mapa que ejecutan.

Cuando los fabricantes de lámparas eléctricas agrupan sus organizaciones técnicas, sus patentes, sus métodos de difusión y propaganda, contribuyen así al acrecentamiento del consumo en el mundo y sostienen el esfuerzo común de una industria que debe a los métodos de cooperación el prodigioso desarrollo.

Es preciso sin embargo reconocer que las alianzas comerciales han sido hasta hoy más bien una garantía de seguridad que una base de progreso. Muchas de entre ellas no pueden sobrevivir a las agonías y dificultades comunes a las cuales deben dichas alianzas su nacimiento; si sobreviven mantienen en un período de actividad normal, las limitaciones de actividad y desarrollo que sólo las circunstancias anormales autorizan.

Ha llegado el momento de adaptar los métodos y formas de racionalización a los problemas económicos del presente y del porvenir, que se plantean al esfuerzo asociado de la producción, sea de un país determinado o de varios países capaces de contribuir a una solución constructiva.

Para este objetivo no son suficientes las alianzas privadas.

Esta gran empresa se debe asentar sobre la base de un progreso técnico y de sanos métodos de ayuda mutua internacional. La agricultura de Europa—no sólo de los países donde hay superproducción, sino de todos los países de Europa en general—está seriamente amenazada. La tierra es demasiado cara, la explotación demasiado onerosa, los precios de costo demasiado elevados, el precio de venta ha disminuído por la gran importación de países no europeos o por la imposibilidad de despejar el mercado nacional de un excedente para el cual el proteccionismo agrario ha cerrado todas las salidas. Es prácticamente imposible que Europa pueda adquirir de nuevo la riqueza de su agricultura y recobrar el poder de adquisición que esta riqueza procura a los consumidores más numerosos, de sus productos industriales; sin una política concertada de produc-

ción, favorecida por una política correspondiente en materia de crédito, de transporte, de régimen aduanero y de posibilidades de cambio.

Imposible sería que la producción desordenada de azúcar y la venta sin control de carbón pudieran llegar a ser de nuevo remuneradoras sin que se recurriera a coaliciones y alianzas mundiales cuando se trata del azúcar y europeas cuando se trata del carbón, que sobrepasaran en mucho las organizaciones técnicas o comerciales de éstas dos industrias, y que no podrán instituirse sino cuando el gobierno las favorezca por medio de medidas aduaneras, fiscales y de seguridad, de órdenes muy diversos. Cuando los gobiernos han decidido llevar estos problemas a la Sociedad de las Naciones es porque reconocen que la racionalización de ciertas ramas de la producción no es solamente una obra individual, no es sólo una obra solidaria de industrias privadas, sino un problema de economía general que interesa no sólo a una nación entera, sino a un conjunto de naciones. Ciertamente la técnica puede en un futuro no muy lejano transformar las condiciones de la industria azucarera, estableciendo el cultivo permanente y no sometido a las estaciones, necesitando por lo tanto instalaciones 7 u 8 veces menores. Indudablemente que la crisis de carbón es en gran parte una crisis de producción desordenada y de repartición defectuosa que en mutuo acuerdo de las empresas privadas podría si no resolver, al menos atenuar. Pero el problema del carbón no es separable del de las otras fuentes de energía que las hulleras producen algunas veces por sí mismas, y que aparece como un elemento de un problema general más bien que como una especie particular.

Las formas nuevas de la racionalización que se imponen a Europa si quiere recobrar una economía sana y desarrollar fuerzas comparables a las del otro continente, exigen, además, de la voluntad solidaria de las industrias, una acción concertada de los Estados europeos.

Esta acción no es solamente económica. Se le ha añadido recientemente un artículo que no es ciertamente quimérico, en el cual se unen la audacia de los técnicos por su libertad de concepción, con la imaginación poética. Han pensado que si en lugar de recoger alrededor de cada macizo montañoso, para convertirlas en fuerza eléctrica, las aguas que corren por sus flancos, y que están sometidas a las intermitencias de las estaciones, no sería más racional ir a buscar la fuerza permanente a las fuentes de las nieves eternas y

repartirlas a las regiones más lejanas a las cuales se les daría energía permanente y sin pérdida. Este prodigioso programa que canalizaría con el máximo de la eficiencia las fuerzas de los Pirineos, los Alpes, y hasta de Salzkammergut, podría verdaderamente asegurar que las relaciones internacionales y la complicidad de los intereses entrelazados llegue a ser tal que se pueda confiar sin temor a los vecinos el conmutador o interruptor de las corrientes de energía.

No será necesaria la misma confianza para poner en común las fuentes necesarias al crédito agrícola y para libertar poco a poco a Europa de un déficit de diez millones de marcos en cereales; para consentir en las inversiones necesarias para la explotación de materias primas de Europa y para librarla en la pequeña medida que sea posible del tributo que paga cada año a los otros continentes por sus materias primas, y que pasan de treinta mil millones de marcos.

Así, la nueva fase de la obra de racionalización no lleva solamente planes de economía general, sino que está condicionada por factores espirituales que le valdrán la seguridad y la confianza.

La voluntad de colaboración de los individuos y de los pueblos, aparecen así como la primera condición del progreso nuevo del mundo en la vía de racionalización y por esto la organización metódica del trabajo común aparece como una contribución al mejor porvenir de la humanidad.

Pensar en común en todo lo que hace el trabajo humano más eficaz, coordinar a este efecto los puntos de vista y preparar las voluntades, asociar a un mismo tiempo las fuentes de riqueza y las energías, es en fin de cuentas, sin perjuicio a las tradiciones y a las ideas propias a los individuos, a las clases y a los pueblos, establecer una comunión de ideas y una comunidad de intereses por las cuales el esfuerzo reúna las más nobles y las más fecundas aspiraciones humanas para una organización racional.

Al dirigirme al Congreso de Energía Mundial, yo os digo: no penséis en Prometeo. Si por haber robado a los dioses la fuerza del fuego, sufrió sobre la roca un castigo eterno, al cual las hijas del Océano llevaban por todo consuelo el recuerdo de una audacia tan soberbia que parecía justificar la ira divina; ésta desde entonces ha sido sepultada, para emplear la expresión de Renán, "en el ataúd de púrpura donde duermen los dioses muertos".

Sin temor de ser los innovadores continuad el rapto de las

fuentes de energía del mundo con el mismo amor de los hombres que atormentaban la conciencia del raptor antiguo. Tened todos la voluntad de poner la razón técnica por encima de los instintos de rivalidad y de exclusión, de hacer prevalecer el espíritu de organización sobre las rutinas y las inercias, de obligar las fuerzas de la naturaleza a servir a la prosperidad y desarrollo de esta humanidad que tiene el orgullo de quererlas dominar. En lugar del canto de las Oceánidas, vuestro esfuerzo tendrá por recompensa y por consuelo, el himno silencioso que entonarán a coro los hombres reconciliados y solidarios.

